

■ NOTAS SOBRE LOS CRITICOS ■  
 DE GALDOS: ULTRAMONTANOS,  
 FASCISTAS Y MODERNOS VARIOS

Julio Rodríguez Puértolas

Bien conocida es la actitud ultramontana y del integrismo católico frente a la obra y el pensamiento de Galdós. Se trata de una actitud reaccionaria que más tarde se unirá sin problemas con la del fascismo español de la guerra civil y de la postguerra. En conjunto ello se enmarca en la hostilidad general del conservadurismo ante el mundo intelectual, que también acabará convergiendo en el franquismo. Para no perdernos en épocas muy anteriores a Galdós (cf. Herrero, 1971) basta ahora recordar a Juan Donoso Cortés (1809-1853), y sobre todo, por lo que aquí atañe, a Jaime Balmes (1810-1848), pues aunque no es el primero, es el pensador conservador más importante que se ocupa de modo coherente de la literatura, y en concreto de la novela. Así escribía en 1846 (Seoane, 1983:204):

*Aunque los periódicos [...] no dediquen por lo común sus columnas a combatir la religión [...], su conducta en la elección de los folletines induce a creer que no es la religión su pensamiento dominante y que llevan la tolerancia hasta la indiferencia o el escepticismo. Sea cual fuere la novela, por más que el escritor se entregue a todo género de ataques contra el dogma, contra la moral, contra el culto, contra todas las instituciones religiosas, contra el clero en general, los tolerantes periódicos le abren las dilatadas columnas de sus folletines.*

La ley de Imprenta promulgada por Juan Bravo Murillo en 1852 salía al paso de los males que acarrecaba la novela folletinesca, al someter estas obras a la censura previa (Seoane, 1983:205). Que ello no había resuelto el problema a gusto de los ultramontanos los indican los anatemas que contra los folletines lanzaban altas autoridades eclesiásticas, publicaciones reaccionarias o personalidades como el duque de Rivas (Seoane, 1983:204; Zavala, 1971).

Sin duda a causa de las inquietudes causadas por el Sexenio Revolucionario de 1868-1874 y por el desarrollo de los conflictos sociales y la organización obrera, así como por el auge mismo de la novela y su creciente popularidad —a lo que el naturalismo y las polémicas en torno a él habían contribuido—, en 1890 podía leerse en un periódico tradicionalista que

la novela "trastorna el sentido moral", "desmorona la sociedad", es el género más "peligroso" y "perverso" (*La Hormiga de Oro*, en Hibbs-Lissorgues, 1988:198). Pues, en efecto, "entre los focos de perversión hay que colocar en primer término a la novela" (*ibid.*). Con la apoyatura de la encíclica *Rerum Novarum* (1891), y junto a un intento de oponer a la novela "disolvente" una novela católica— que representarían en parte y de modo distinto Pereda, Coloma, Valbuena y otros; Hibbs-Lissorgues, 1988:205-206—, se manifiesta ya a finales del siglo XIX y en los veinte primeros años del siguiente una agresiva y organizada campaña de la Iglesia Católica. Se trataba de penetrar en ámbitos hasta entonces considerados como propios del liberalismo y del progresismo: diarios, revistas, crítica literaria, la literatura misma (cf. para mucho de lo que sigue, Valls, 1983: 16-17; Botrel-Desvois, 1988:23-45; Serrano, 1988:155-165; Hibbs-Lissorgues, 1988). Baste tener en cuenta algunos datos:

1901: aparece *Razón y Fe*, revista de los jesuitas.

1904: celebración en Sevilla de la *Primera Asamblea de la Buena Prensa*. Creación de la *Biblioteca Patria de Obras Premiadas*, en conexión con el *Patronato de Buenas Lecturas* y la *Obra Social de los Premios Personales y Fomento de Lecturas Gratuitas*, todo ello presidido por el marqués de Comillas.

1909: fundación de la *Asociación Católica Nacional de Propagandistas*, con los jesuitas al frente.

1911: aparición del diario católico *El Debate* (luego *Ya*), de tono vaticanista.

Al lado de todo esto es harto sintomático que tal ofensiva se vea acompañada de otra crítica literaria, como ya se mencionó. He aquí tres notorios casos. Es el primero el del agustino Francisco Blanco García (1891, 1909), quien tronaba (1909:439) contra "los desastrosos efectos de la novela naturalista", y comentaba negativamente su acogida tanto por "los adalides del positivismo burgués" como por "la clase proletaria". Señalemos que el objetivo predilecto de las iras del P. Blanco García (profesor de Manuel Azaña en El Escorial) fue *Clarín* (Esquer Torres, 1962), aunque Galdós no quedaba muy bien librado, como veremos. Un segundo ejemplo digno de mención es el de Antolín López Peláez, obispo de Jaca. Su odio particular es la novela naturalista, cuyos cultivadores son:

rebuscadores de cloaca, revolcadores de cieno [...], el *delirium tremens* de la carne espoleada por la violencia de los más bajos instintos, haciendo de sus novelas sentinas de lujuria (1905:207).

En todo caso, para el obispo de Jaca lo más grave es que:

El novelista no se permite juzgar los actos de sus personajes [...] El autor no es un moralista, sino un anatómico (*ibid.*, 209).

Mas la palma de la crítica literaria clerical se la lleva por derecho propio el jesuita Pablo Ladrón de Guevara (1910, 1933), quien erigiéndose en supremo juez, ordena:

A falta de otro criterio para andarse con tiento, atengámonos a que hoy la mayor parte, la inmensa mayoría de las novelas, son malas, y por consiguiente, consúltenos antes (1933:12).

Entiéndase que son *malas* las novelas “en que la moral o las ideas lo sean” (*ibid.*, 3). Y como es habitual, es la narrativa el género perverso por excelencia, pues “entre todos los libros malos, son más peligrosas las novelas”, ya que ellas:

Enervan e impiden el vigor de la virtud cristiana bajo la aparente y curiosa forma de una mentida erudición y de fingidas narraciones. En ellas se da vida y se personifica a todo. Los errores más absurdos se colocan en tales cabezas y revisten tales circunstancias, que a los lectores temerarios les vienen a parecer las más grandes verdades (*ibid.*, 3).

A la luz de todo lo anterior, no puede sorprender que sea Galdós, el novelista más importante de la época, y además declaradamente liberal y progresista, una de las bestias negras del reaccionarismo español. El agustino Conrado Muiños Sáenz es autor de un extenso artículo por entregas (1890), auténtica diatriba contra el autor de *Fortunata y Jacinta*, donde, y como muestra, además de acusarle de inmoralidad, sectarismo y liberalismo, afirma que en la novela citada aparecen “vocablos *realistas* de los que suenan a cada paso y no constan en los diccionarios usuales” (XXI:467), y llega a hacer la paladina declaración de que el novelista desconoce el lenguaje popular (XXII:515). Partes selectas del trabajo del P. Muiños Sáenz aparecen también en la infame y citada *Hormiga de Oro*. Como ésta:

Después de leer una novela de Galdós, nadie puede sacar en limpio si los héroes son héroes o quifjotes, si los malvados son tales o personas sumamente simpáticas. El señor Galdós no muestra ni indignación ni censura, en una palabra, no es un censor o un moralizador como Pereda o el padre Coloma (Hibbs-Lissorgues, 1988:204; cf. Rodríguez Sánchez de León, 1989).

El también agustino y mencionado Blanco García dedicó todo un capítulo de su citada obra a Galdós (1891:493-513), en el tono que cabe suponer, y en el que acaso cabe destacar aquello de las “habilidades anatómicas” que en *Fortunata y Jacinta* se muestran (509).

Más curioso que todo lo anterior es la reacción de Antonio Masriera comentando el episodio *Aita Tettauen* (1905), donde se acusa a Galdós de cosas en verdad sorprendentes, y que indican que no se dejaba resquicio alguno para atacar a nuestro novelista:

Se ha limitado a hacer obra de demoleedor, con ribetes de humorista malicioso y con intentos tan sectarios como poco laudables. *Aita Tettauen* no es un episodio nacional que interese a los españoles amantes de las glorias patrias: es solamente una sátira rabelesiana encaminada a ridiculizar el cristianismo y el mahometismo, y de la que no sale muy airoso el ejército español [...], y esto de desplacer simultáneamente a moros, cristianos, militares y paisanos, no es labor patriota, ni religiosa, ni tampoco social en manera alguna.

Es posible que en la antología de despropósitos antigaldosianos este juicio puede ocupar un lugar de honor. Mas ya que hablamos de los *Episodios*, véase esta no menos extraordinaria opinión global sobre los mismos de Ramón Ruiz Amado (1908), para quien el conjunto de dichos *Episodios*

nos pone ante los ojos una *evolución* de las ideas y facultades de su autor [...], una verdadera *evolución específica* [...] que señala uno de los mayores triunfos que puede celebrar la teoría darwinista, por lo menos en el terreno de las artes (83-84).

Un ejemplo final de un crítico que podemos llamar "académico", José Rogerio Sánchez, quien en un conocido manual de literatura (19137:262-263) etiqueta a Galdós bajo un epígrafe titulado "La novela doctrinaria", en compañía de Tolstoy.

Toda esta manifiesta hostilidad ultramontana o sencillamente reaccionaria estallará más airadamente aún en 1905 y en 1912, con motivo de los anuncios de la posible concesión del Premio Nobel de Literatura a Galdós. No es preciso recordar aquí muchos ecos de tan desatadas campañas. En cuanto a la de 1905 baste tener en cuenta lo dicho por Sainz de Robles (1945, I:LXXVIII):

En 1905, cuando ya la Academia sueca le había propuesto para el otorgamiento del famoso premio Nobel, con motivo de la campaña nacional que se inició para pedir al Gobierno que aceptase, en nombre de la nación, dicha honrosa oferta, sufrió el gran escritor el desvío de toda la clase conservadora española [...]. El Gobierno se inhibió. La opinión religiosa y política de matices tradicionales opuso a la candidatura de Galdós la de otro genial escritor: Menéndez y Pelayo, ortodoxo a machamartillo [...]. Galdós se quedó sin el premio. Y también don Marcelino.

En cuanto a lo ocurrido en 1912, no fue sino una repetición de lo de 1905. De nuevo Menéndez Pelayo fue promocionado por la derecha y la ultraderecha. Como ha escrito su hagiógrafo oficial, Sánchez Reyes (1956:306),

Se imprimieron unas tarjetas con el retrato de Menéndez Pelayo, dirigidas a la Academia de Bellas Letras de Stockolmo [*sic*] en las que se hacían resaltar los méritos del candidato presentado, "gloria de España y de toda la Humanidad y verdadero representante de la legítima alma española".

El mismísimo diario del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, intervino en la campaña contra Galdós, avisando del siguiente modo a algunos católicos españoles —sin duda, pese a todo, progresistas— que se habían pronunciado a favor del novelista:

Ellos, con su adhesión, no intentan seguramente otra cosa que honrar a un literato de renombre y de ningún modo quieren aprobar aquel espíritu sectario que se transparenta en muchas de sus obras. Pero nosotros no podemos menos que deplorar semejante participación, la cual se presta a engendrar equívocos y confusiones deplorabilísimas, particularmente en el pueblo (Sánchez Reyes, *ibid.*).

De modo que, con la intervención directa del Vaticano, el primer novelista español después de Cervantes se quedó de nuevo y definitivamente sin el Premio Nobel.

Un caso especial y bien conocido constituye lo ocurrido como consecuencia del estreno del drama *Electra* en Madrid, el 30 de enero de 1901. No voy a tratar aquí de lo bien sabido, esto es, del ambiente socio-político y religioso del momento (regreso de frailes españoles de

Cuba; refugio en nuestro país de religiosos expulsados de Francia; el caso de la joven Adelaida Ubao y los jesuitas de Bilbao; boda de la Princesa de Asturias con el hijo del conde de Caserta, notorio carlista que había participado violentamente en la última guerra civil...; cf. un panorama de todo ello, si bien partidista, en Elizalde, 1981:127-138, y antes 1973). Toda la derecha católica reaccionó violentamente contra *Electra* y contra Galdós, desde obispos y "fuerzas vivas", hasta curas de aldea y toda clase de publicaciones. Disponemos de algunos excelentes estudios de las polémicas en torno a *Electra* a nivel provincial; así el de Hidalgo para Sevilla (1985) y el de Maradiaga de la Campa para Santander (1989; también 1979:193-204). En conjunto, es utilísimo el trabajo de Blanquat (1966) y el completo abanico de críticas periodísticas en Berenguer (1988:203-238). En todo caso, es *El Siglo Futuro* (31-I-1901) la publicación que acumula mayor cantidad de despropósitos sobre *Electra*. Véanse algunas muestras, que van más allá de la escrita obra teatral:

Que Don Benito habla un castellano lamentable, sin elegancia, sin propiedad, vulgarote, a la vez rastroso y amazacotado, lleno de galicismos, incorrectísimo, con absoluto desconocimiento de sus incomparables gallardías, de su número y abundancia y aun de su sintaxis, es cosa que todos saben [...] Vamos, una calamidad literaria, un novelista de folletín [...] Las obras de Don Benito se reducen siempre a uno o varios católicos rabiosos que hacen todas las picardías posibles, y uno o varios liberales rabiosos que los muerden y asaltan hasta no dejarles hueso sano. *Electra*, sin ir más lejos [...].

Mejor que todo posible comentario sobre este asunto es citar al propio Galdós, en texto tan extenso como absolutamente imprescindible, de 1902:

No hay para qué recordar las airadas campañas contra *Juan José* o contra *Electra*, obras cuyos títulos han merecido el honor de resonar en todos los púlpitos y de amenizar los *Boletines Eclesiásticos* de todas las diócesis. Pase a esta campaña como signo de los tiempos. Pero de tal modo la extremen ya, que el Teatro entero se ve amenazado de ruina por la zapa del clerigüicio imperante [...] En poblaciones que comúnmente son emporio de la honrada alegría, funciona un cónclave de señoras muy respetables, que en cuanto llegan cómicos piden los *libretos* para examinarlos y designar los vitandos y pecaminosos [...] Los maridos o padres que en el caso relativamente baladí del teatro ocasionan la muerte, son los mismos cabezas de familia que en órdenes más altos toleran el desgobierno, la burla política y todo lo demás que vemos y lloramos, sin que les saque de su enervación el presagio de nuevas catástrofes (prólogo a *Alma y Vida* (1986:528-529).

Benito Pérez Galdós murió en Madrid el 4 de enero de 1920. Su entierro constituyó una verdadera manifestación popular, como es bien sabido (cf., por ejemplo, Beltrán de Heredia, 1979). Pero la muerte de Galdós fue también motivo, y bien característicamente español, para volver a negar el pan y la sal al gran novelista. Y también para polemizar —como en el caso de tantos otros— sobre si murió o no en el seno de la Iglesia Católica, esto es, si se arrepintió en el último momento de sus errores o si persistió en ellos. Publicaciones católicas como *El pensamiento Español* o *El Debate* trataron con cierto respeto a Galdós, aunque

señalando con cuidado lo que de él les separaba. Contra Galdós y contra esas opiniones más o menos moderadas, se revolvió, claro está, *El Siglo Futuro* (5-1-1920):

Galdós no fue nuestro. Fue de nuestros enemigos, y lo sigue siendo [...] Pero volviendo la mirada hacia [...] la obra sectaria del escritor, ante las ideas que perduran en las páginas que, incluso periódicos como *El Debate* reputan inmortales, no queremos que, ahora como siempre, en la vida material y en la vida espiritual del autor que tantas veces hizo gala de su anticlericalismo y combatió a la Iglesia, seamos nosotros culpables de silencio (Beltrán de Heredia, 1979: 102).

Por su parte, *El Universo*, barriendo para dentro, declaraba que Galdós, "por lo menos en sus propósitos no había dejado de ser católico" (*ibid.*, 103). No me ocupo aquí, pues se sale del propósito del presente trabajo, de la actitud silenciosa, ambigua o incluso hostil, de los componentes de la generación del 98. Por otro lado, para el gobierno, la muerte de Galdós y las formalidades de su entierro llegaron a constituir un auténtico problema de Estado. Para salir del paso se trató a Galdós de la misma manera —mediocre— que se había hecho antes con el poeta Campoamor. José Ortega y Gasset comentaba en *El Sol* (Beltrán de Heredia, 1979:100) tal actitud del siguiente modo:

El protocolo entiende poco de distancias, y equipara a Galdós con Campoamor. No hay desdén para el tierno poeta en señalar el deplorable contraste. El buen Don Ramón, camarada de Don Benito, hubiera sido el primero en protestar. Galdós era el genio. Campoamor el ingenio. La España oficial une a ambos en la hora de los falsos homenajes.

Pero con todo, lo más duro, violento y agresivo fue lo escrito por el jesuita Constanancio Eguía Ruiz (1920; 1921:88-97). Como tantas veces en nuestra Historia, alguien se erigió en dispensador de españolidad y españolismo; cómo sería ello que hasta Joaquín de Entrambasaguas habla (1957:807) de "la ceguera increíble del P. Eguía". Algo más ajustado a lo que puede llamarse crítica literaria, siquiera ultramontana, es la serie de comentarios del agustino Francisco García, también con motivo de la muerte del novelista (1920, 1921). El P. García explicita con sinceridad su propósito:

He aquí nuestro intento: indicar que Galdós fue fogoso e impenitente sectario, cuyos libros, arma terrible de combate, entrañan teorías filosóficas, políticas y religiosas de mala índole, revestidas para atraer y encantar mejor a los lectores con las galas misteriosas del arte (CXX:450).

Tal perversidad de Galdós, tras cuidado análisis por parte del P. García, se tradujo en lo que el agustino expone en tonos en verdad tan horrorizados como apocalípticos:

Galdós fue sistemático y rugiente sectario, corifeo de la impiedad callejera, denigrador frío y duro de la virtud, propagandista del vicio y del error, paladín del racionalismo de escalera abajo, hombre infausto para la Iglesia y los verdaderos creyentes, orientador y conductor de masas sin Dios, sin conciencia, sin honor, embrutecidas, hambrientas.

que roban y asesinan a indefensos y pacíficos ciudadanos; un renegado de la fe, a la que asestó recios golpes; adalid de la heterodoxia, enemigo ardiente del dogma católico, fanático, defensor de ideales trasnochados (*ibid.*, 458; cf. González Povedano, 1989:180-182).

No puedo evitar la tentación de hacer un mínimo ejercicio comparatista, esto es, el de transcribir tras la anterior cita del P. García, en que se responsabiliza al autor de *Misericordia* de ser el consejero espiritual de todos los horrores cometidos por las "masas sin Dios", con un texto de 1936. En diciembre de dicho año, en la zona franquista se ponía en funcionamiento la *Comisión Depuradora de Cultura y Enseñanza*. A José María Pemán, presidente de tal comisión, corresponde la redacción del preámbulo de la ley que creaba el nuevo organismo:

Los individuos que integran esas hordas revolucionarias, cuyos desmanes tanto espanto causan, sencillamente son los hijos espirituales de catedráticos y profesores que, a través de instituciones como la llamada *Libre de Enseñanza*, forjaron generaciones incrédulas y anárquicas (Rodríguez Puértolas, 1986:349).

Galdós no era profesor, mas si hubiera vivido en 1936 parece claro que, de nuevo, habría sido incluido entre esos forjadores de "generaciones incrédulas y anárquicas". Así lo había dicho el P. García.

La muerte de Galdós no calmó los ánimos del reaccionarismo español. Entre otros casos, me limito a mencionar a Rafael García y García de Castro, canónigo y posteriormente arzobispo de Granada, especialista en Menéndez Pelayo y en Vázquez de Mella, quien en plena República publicaba *Los intelectuales y la Iglesia* (Madrid, 1934), y para el cual las de Galdós no son novelas, sino "libelos" (86; cf. del mismo, 1967). Pero, afortunadamente,

¿Quién escucha hoy las peroratas de *Gloria*, ni se acuerda del cura de Ficóbriga, a quién le palpitará el corazón por el careo teológico de Gloria y Daniel Morton? (91).

En este panorama antigaldosiano anterior a 1936 ha surgido en más de una ocasión el nombre de Marcelino Menéndez Pelayo, enfrentado incluso al del escritor canario con motivo del problema del Premio Nobel. Mas antes de ello el enfrentamiento fue frontal por parte del santanderino en su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, a causa especialmente de *Gloria*, que había sido calificada nada menos que de *volteriana* por José María de Pereda (1979:42). En una carta a Juan Valera, Menéndez Pelayo se muestra en verdad inmisericorde:

Soy menos indulgente que usted para los novelistas que se proponen demostrar tesis y enturbiar la limpieza del arte con propósitos segundos y de propaganda, y más si son tan aviesos y mal nacidos como los de Galdós.

Y añade que se trata de un hombre "echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage*" (García y García de Castro, 1934:87; nótese que el anteriormente citado P. García parafrasea en parte lo aquí dicho por Menéndez Pelayo). Por otro lado, es bien conocido lo que se dice en los *Heterodoxos*, mas es preciso citarlo:

Hoy, en la novela, el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes [...], el infeliz teólogo de *Gloria* o de *La familia de León Roch* [...] Los católicos vienen a representar en esta obra [*Gloria*] y en *León Roch*, y sobre todo en *Doña Perfecta*, el papel de los traidores de melodrama (1967:1018-1019).

Sin embargo, años después, en 1897, en el discurso de respuesta al pronunciado por Galdós en su ingreso en la *Real Academia Española*, Menéndez Pelayo, sin renunciar en modo alguno a sus ideas, maliza notablemente sus opiniones previas. Y habla así del "racionalismo, no iracundo, no agresivo, sino más bien manso, frío, no puedo decir que cauteloso" (1979:61) de ciertas novelas galdosianas, y de otras en que nuestro autor parece "novelista de escuela o de partido" (*ibid.*, 63). Y tras elogiar, como es habitual en los comentaristas conservadores, los *Episodios Nacionales*, alude Menéndez Pelayo de este modo a *Gloria* y a *La familia de León Roch*:

Aquellas novelas no fueron juzgadas en cuanto a su valor artístico: fueron exaltadas o maldecidas con igual furor y encarnizamiento por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que ambos libros eran trasunto. Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es mi juicio literario sobre *Gloria*, sino la reprobación de su tendencia (*ibid.*, 64-65. Cf. Baquero Goyanes, 1956). Con todo, don Marcelino no pudo evitar el calificador todavía a *La familia de León Roch* como novela de "dureza sectaria" (*ibid.*, 66).

El estallido de la guerra civil en julio de 1936 aglutinó en torno a los generales sublevados contra la República a todas las fuerzas del catolicismo conservador y reaccionario ya conocidas, y a las nuevas generaciones fascistas. Entre otras cosas, algo tenían en común unos y otros: su odio al intelectualismo liberal, su hostilidad total contra la cultura progresista y contra la literatura que no pudiera ser asimilada o utilizada. Ya vimos más arriba un texto de José María Pemán que sirve de nexo perfecto entre la actitud ultramontana anterior a 1936 y la actualización de la misma durante la guerra civil. Algún viejo conocido reaparece insistiendo en los viejos tópicos, como el jesuita Eguía Ruiz, autor ahora de *Los causantes de la tragedia hispana. Un gran crimen de los intelectuales españoles* (Buenos Aires, 1938), en la misma línea de, por ejemplo, *Los intelectuales y la tragedia española* (Burgos, 1937), de Enrique Suñer. Un editorial del diario falangista *Arriba España*, que celebraba así la *Fiesta del Libro* ("Libros", 23-IV-1938), explicaba con total seriedad el remedio contra la perversión espiritual causada por intelectuales y escritores:

Y tenemos la medicina dentro de casa: precisamente servida en la copa imperial de la Inquisición [...] Dentro de la ortodoxia nacional-sindicalista, abogamos por una Inquisición ordenada al ritmo actual. Por un tribunal sacro, seco y estricto. ¡Que se nos ría el mundo!



Ese mismo año, el Dr. Antonio Vallejo-Nágera defendía también la necesidad de una nueva Inquisición:

Corre sangre de inquisidores por nuestras venas, y en nuestros genes paterno y materno restan incrustados cromosomas inquisitoriales [...] Inquisición rígida y austera, sabia y prudente, obstáculo al envenenamiento literario de las masas, a la difusión de las ideas antipatrióticas, a la ruina definitiva del espíritu de la Hispanidad (1938:105-106).

Como único ejemplo de la actitud frente a Galdós en la zona franquista me limito a recordar un texto de Eugenio d'Ors, escrito después de la caída de Santander (1937):

La sombra que, al llegar a Santander, le interesa a la opinión evocar es la de Menéndez y Pelayo. La de Pereda, mucho menos. La de Pérez Galdós, nada [...] porque éste, encima de localista, era ochocentista; es decir, típicamente adicto al alma del siglo XIX [...] Galdós, aunque naciera junto al Trópico, y aunque se afincase en la Montaña, no pasa a nuestros ojos de figura literaria madrileña y de gloria de la Restauración... Parece ser que, según refiere alguna anécdota, el cromó a dos tintas de la cubierta de los *Episodios Nacionales* ha engañado a tal ignaro rojo, en ocasión de los registros domiciliarios. Que a nosotros, en sentido opuesto, no nos engañe; para que no sea dicho, una vez más, que el pabellón cubre la mercancía.

El 1 de abril de 1939 terminaba la guerra civil. El intento de liquidación de la cultura liberal-progresista alcanzaba ahora a todo el territorio nacional. Con unos días de retraso, los estudiantes falangistas de Madrid celebraban la primera *Fiesta del Libro* de la paz de modo bien característico. Así lo explicaba gozosamente el diario *Arriba* (2-V-1939):

Han hablado con palabras de domingo los camaradas del SEU: con esta quema de libros contribuimos al edificio de la España Una, Grande y Libre. Condenamos al fuego a los libros separatistas, liberales, marxistas; a los de la leyenda negra; a los de romanticismo enfermizo, a los pesimistas, a los de modernismo extravagante, a los cursis, a los cobardes, a los pseudocientíficos, a los textos malos, a los periódicos chabacanos...

No consta que entre esos libros sacrificados en aras de una España mejor figurasen los de Galdós, pero ello es más que probable. No mucho tiempo después, inaugurando en Madrid el *Instituto Nacional de Enseñanza Media Ramiro de Maeztu* y en su patio de honor una estatua ecuestre del general Franco, la biblioteca del viejo *Instituto Escuela* gineriano (al que el *Ramiro de Maeztu* quería sustituir) fue también purificada en alegres hogueras: esta vez sí ardieron los libros de Galdós, incluidos los *Episodios Nacionales*. Un ejemplar de éstos, por circunstancias que no son del caso, ha llegado a mis manos muy recientemente; fue salvado de las llamas por una entonces joven maestra que enseñó a leer a quien esto escribe.

La victoria de aquellos que tradicionalmente se habían proclamado a sí mismos enemigos de Galdós, de sus ideas y de su literatura, supuso de inmediato la implantación de una actitud oficialmente hostil al novelista. Ya en 1939 el nuevo cuestionario ministerial de Lengua y Literatura para Bachillerato traslucía tal hostilidad. Para el Tercer Curso se recomendaba la lectura de una novela del siglo XIX, "escogida con tino"; de Galdós había de ser necesariamen-

te un episodio nacional (Valls, 1983:81,162). Mas Galdós era atacado en todos los frentes, así también por los carlistas (Gener *et al.*, 1942:31-42), quienes censuraban acremente a nuestro autor por su actitud ante el tradicionalismo y sus guerras civiles.

Pero en 1943 tenía lugar el centenario del nacimiento de Galdós. Monseñor Antonio Pildain, obispo de Las Palmas, tronaba contra la nefasta idea de crear un museo galdosiano en dicha ciudad. Pese a que el diario local *Falange* podía dedicar un número extraordinario a Galdós (Abellán, 1980:41,49), el centenario era silenciado o directamente censurado en la Península. Así ocurrió con un artículo de *Pueblo* (Abellán, *loc. cit.*) o con un número de *Bibliografía Hispánica*, en que se eliminaba a Galdós y a Benavente en la respuesta de un librero preguntado por autores más vendidos (*ibid.*, 50; Valls, 1983:163). Una censura que, por lo demás, continuaba diez años después: en un artículo sobre la literatura española del siglo XIX publicado por la revista *Afún* se suprimieron varias referencias a Galdós (Abellán, 1980: 49-50; Valls, 1983:163). Mas no era una cuestión de censura solamente. *Razón y Fe* declaraba (núm. 545, junio 1943) en "A propósito del centenario de Galdós", continuando con su vieja y conocida fobia que se trataba de una "celebración espinosa que pide mucha reserva", ya que se quería recordar a "uno de los grandes falseadores del espíritu nacional (Valls, 1983:110). Por su parte, en *El Español*, (8-VI-1943), dirigido por Juan Aparicio, un articulista oculto bajo el galdosiano pseudónimo de *Tito Liviano*, publicaba un tremendo escrito titulado tan prolija como explícitamente: "En ocasión de un centenario. Pérez Galdós en la política. Su sectarismo y la cuestión africana": Galdós era acusado, retrospectivamente, de no comprender la histórica e imperialista misión de España en África. En un *Almanaque Literario* de 1943, R. E. de Goicoechea marginaba los textos mayores del novelista y afirmaba que su mejor obra eran los *Episodios Nacionales* (Valls, 1983:160).

Sin embargo, algunos falangistas consideraron que era preciso recuperar y asimilar algo de Galdós, y así Maximiliano García Venero publicaba una *Antología Nacional* de Galdós en dos volúmenes. En el prólogo se planteaba el antólogo falangista un grave dilema:

Si en general el valor literario de Galdós es notable, los designios morales fluctúan entre lo bueno y lo malo [...] ¿Qué debe hacer nuestra generación, que si no es católica no será nada ni servirá al destino de la Patria, ante la diversidad galdosiana? Lo prudente parece separar lo útil y beneficioso de lo vitando (1944, I.5).

Tarea a la que animosamente se entrega García Venero en esta su *Antología Nacional*, que acaso hubiera sido mejor calificarla de "nacionalista".

Pero otros consideran que mejor que seleccionar era, sencillamente, olvidar. Así José Pemartín, quien en cierto momento recomienda como lectoras apropiadas del siglo XIX para la Nueva España las obras de *Fernán Caballero*, Alarcón, Valera, Pereda, Coloma y Palacio Valdés, lista en que, ostentosamente, no figuran ni Galdós ni *Clarín* ("Vuelta a la lectura", *Atenas*, 140 [febrero 1944], 46; cf. Valls, 1983:106-107, 112). Y otros todavía, como el entonces falangista Pedro Lain Entralgo, llegaban a rechazar hasta los *Episodios Nacionales*. En su conocido libro *España como problema*, cuya primera edición es de 1949, pero del cual una buena parte proviene de trabajos publicados durante la guerra civil en *Arriba España*, parece evidente el propósito de estructurar el "auténtico" pensamiento español en

torno a Menéndez Pelayo y a José Antonio Primo. Lo que aquí dice Laín Entralgo sobre Galdós sorprende tanto por su estrechez de miras como por su elementalidad:

Los *Episodios Nacionales* son una serie de cuadros de historia atravesados por el hilo unitivo de cierta acción novelesca elemental. La técnica de los *Episodios* puede ser reducida a sencillísima receta: tómese la materia histórica contenida en un tomo de la *Historia* de Lafuente, redáctesela con mejor pluma, vístasela de ropaje novelesco —y si el ropaje es una simple hoja de parra, mejor: un muchacho de origen oscuro que va medrando de aventura en aventura camino de su *happy end*—; hágase todo esto y se tendrá un tomo de Galdós: *Trafalgar*, *Zaragoza* o *Napoleón en Chamartín* (Laín Entralgo, 1957:526).

Pero también los jesuitas volvían a la carga. Así A. Garmendia de Otaola (1949), quien en gran parte sigue al pie de la letra a nuestro ya conocido Ladrón de Guevara. Por lo demás, las directrices del Ministerio de Educación Nacional se cumplen con rigor en los textos para la enseñanza. Así en el *Compendio de Historia de la Literatura Española*, II. *Siglos xviii al xix* (Madrid, 1950, Textos E. P.), donde el antigaldosianismo es, sencillamente, brutal. He aquí alguna muestra:

[Galdós] vivió y murió completamente ciego de cuerpo y de alma; pues a pesar de que, en su última enfermedad, un celosísimo arzobispo y algunos buenos amigos trataron de despertar en él la fe adormecida, por su cerril sectarismo no dio señales de conversión (Valls, 1983:161).

Tras esta introducción, lo que sigue no es sorprendente:

No pueden negarse los méritos literarios de Galdós [...] Pero lo que afea torpemente su enorme producción y empaña su gloria de escritor, es su indefectible preocupación sectaria, la absurda lógica con que plantea y resuelve tesis claramente antirreligiosas, y las negras tintas con que dibuja los personajes de ideología religiosa, haciéndolos avaros, viciosos y antipáticos, mientras presenta a los anticlericales como modelos de caridad, benevolencia y simpatía (Valls, *ibid.*).

En 1952 Gaspar Gómez de la Serna había publicado un estudio sobre “El episodio nacional como género literario”, donde aparecía, sin duda, Galdós. Pero su tesis la desarrolla dos años después, manteniendo que “las novelas falangistas de la «generación de 1936» sobre la Guerra Civil” son comparables a las novelas históricas de Galdós, Valle-Inclán y Baroja (1954:50). Toda comparación es proverbialmente odiosa, pero en verdad ésta lo es mucho más: frente a los tres nombres citados, el de Rafael García Serrano, por ejemplo. Por su parte, el *Opus Dei* echaba también su cuarto a espadas con trabajos como el de Pedro Álvarez Fernández (1957).

En fin, una última y espectacular muestra de la curiosa atracción/repulsión que hacia Galdós sentían algunos fascistas. Luis Araújo-Costa publicaba en 1957 una edición de *Trafalgar*. En el prólogo señalaba el crítico que en Galdós su “espíritu”, su “genio creador” y “su carácter como literario y novelista, son fundamentalmente buenos, porque el autor es

español y, como tal, cristiano". Sentada esta premisa tan básica como iluminadora, añade Araújo-Costa que Galdós

Es un gran pecador de las ideas. La España de Franco ha de admitirle como gloria de la Patria, debido a la cantidad y calidad augusta de españolismo que lleva en sus obras, y también, porque su alma, en todo instante, estuvo preparada para el arrepentimiento, es de justicia que... le salvemos (XIX).

Y lo que tan generoso comentarista salva son los *Episodios Nacionales* y *Marianela*, ya que

En todo lo demás pululan esas toxinas que nos pusieron al borde de la muerte y que con tanto dolor está el organismo ideológico de España en trance de eliminar [...] Muchísimas de las obras producidas en este periodo de aberración nacional nos hemos de persuadir que no son sino escombros que entorpecen el camino de la nueva España (XX).

Entre esos escombros figura el hecho de que "andan sueltos y reimpresos tantos libros de Galdós... y de otros". Quien así escribía en 1957 había llegado al convencimiento, algunos años atrás, de que la España moderna contaba con "tres genios superiores, que vienen a representar la antítesis de toda sofística": Balmes, Menéndez Pelayo y el general Franco. Ante los cuales, "toda sofística plega sus alas y se esconde en el rincón oscuro de su impotencia para crear" (cf. Rodríguez Puértolas, 1986:732-733). Entre esos sofistas impotentes estaba, sin duda, don Benito Pérez Galdós.

Señalemos, en fin, la posición de Joaquín de Entrambasaguas, quien también en 1957 trivializa el republicanismo de Galdós y aprovecha la ocasión para ironizar —de modo típicamente fascista— sobre el parlamentarismo (1957:793-794), y, en la misma línea, para atacar la crítica de derechas y de izquierdas (798-799). Si bien Entrambasaguas defiende la calidad estética y aún, como vimos, españolista de Galdós, hay una novela, *Doña Perfecta*, por la cual no pasa:

Una exageración extremista de las cuestiones, que excitarán el entusiasmo de la plebe, pero destruirá las delicadas urdimbres de la creación literaria. En *Doña Perfecta* los personajes carecen de calor humano a fuerza de convertirlos en programas políticos y religiosos. No sólo el título sino todo, se envara en el símbolo más irreductible que Galdós producirá (814).

El paso del tiempo y de la Historia, la personal y la otra, ha ido moderando las opiniones reaccionarias en torno a Galdós, pero, curiosamente, a la vez, han ido surgiendo críticas que podemos calificar de *izquierdismo infantil*. No es una cuestión del presente trabajo y por ello me limito a mencionar, como entre paréntesis, lo escrito por Regalado García (1966) y Quiñonero (1970-1971). Pero dejando esto al margen, una nueva escuela crítica más *moderna*, aunque católica o idealista, ha venido a sustituir a la tradicional ultramontana. Sería el caso de críticos —disímiles entre sí, pese a todo— como Correa (1962, 1967, 1979), Morón Arroyo (1967), Mora García (1981), Elizalde (1981, 1989), García Sánchez (1989).

Pongo aparte por el momento estas interesantes muestras de supervivencias más o menos modernizadas y sin duda algo más complejas, para acabar ocupándome de un caso que bien puede considerarse paradigmático. Me refiero a las opiniones críticas en torno a una de las últimas novelas galdosianas, *El caballero encantado* (1909), y dejo también al margen los comentarios de la época, por lo general ejemplos de simple incompreensión. Acudo directamente a la crítica contemporánea, para intentar explicar después el por qué de tales actitudes. Un juicio tan duro como sin duda injusto y erróneo es el de Valbuena Prat (1953:336).

Un caos desigual e inelegante, revelado en *El caballero encantado*, en el que, salvo detalles aislados, predominan los tópicos más vulgares, en un procedimiento que bordea el pleno fracaso literario.

Por su lado, el crítico norteamericano Eoff considera que las tres últimas novelas de Galdós (*Casandra* y *La razón de la sinrazón*, además de la aludida) "muestran claras señales de declive en la capacidad creadora (1954:16; traduzco al castellano ésta y la siguiente cita), "caracterizadas por una blandura propia de la vejez y por una disminución en la energía creadora" (*ibid.*, 155). Por otro lado, comentando lo bien sabido, esto es, la progresiva profundización ideológico-social de Galdós, Hinterhäuser llega a escribir que "el radicalismo de la madurez de Galdós contiene una dosis de senilidad prematura", debido, justamente, a su "anarquismo senil" (1963:144, 215). De forma algo más elaborada, Schraibman decide que *El caballero encantado* y otros textos de la época corresponden "al estilo de la vejez" (1966, 1967:581-582).

Es evidente que el rechazo, la marginación o la incompreensión de buen número de críticos contemporáneos para con *El caballero encantado* se debe, de modo fundamental a dos razones, y acaso, en fin de cuentas a la segunda: la incapacidad para enfrentarse con un Galdós que ha roto de modo definitivo los moldes del realismo decimonónico, y la incomodidad de los mismos críticos ante un Galdós decididamente radicaly aun revolucionario. Pues como ha dicho Tuñón de Lara (1970:123):

Se ha tratado con singular empeño de desnaturalizarlo, de minimizar esta parte de su obra. ¿Cómo? Cualquier medio es bueno: desde los que hablan de "senilidad" (!) hasta quienes [...] no vacilan en presentarlo como escribiendo al dictado de los republicanos, como una víctima de éstos. "Todo vale", sí, señores.

Para terminar. En este panorama de opiniones y actitudes adversas a Galdós y a su obra, en todo o en parte, desde las más brutales de ultramontanos primero y de fascistas después hasta las más modernas y *civilizadas*, hay algo que queda claro: son razones puramente ideológicas las que han movido las plumas de todos los críticos en cuestión. Ninguno de ellos, en efecto, pudo o podría identificarse con ese extraordinario párrafo con que Galdós cerraba, en 1912— cuatro años después de *El caballero encantado*— su último episodio nacional, *Cánovas*. Texto tan conocido como necesario:

Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que

invade el cansado cuerpo de tu Nación. Declaráos revolucionarios, díscolos, si os parece mejor esta palabra; contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos [...] (Galdós, 1945:1.377).

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, Manuel L.: *Censura y creación literaria en España, 1939-1976* (Barcelona, 1980, Península).
- ALVAREZ FERNÁNDEZ, P.: "Galdós, los del 98 y nosotros", *Punta Europa*, 23-24 (1957), 81-91.
- ARAÚJO-COSTA, Luis: Prólogo a *Trafalgar*, de Benito Pérez Galdós (Madrid, 1957).
- BAQUERO GOYANES, Mariano: *La novela española vista por Menéndez Pelayo* (Madrid, 1956, Rialp).
- BELTRÁN DE HEREDIA, Pedro: "España en la muerte de Galdós", en Douglass M. Rogers, ed., *Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1979, Taurus), 89-109.
- BERENGUER, Angel: *Los estrenos teatrales de Galdós en la crítica de su tiempo* (Madrid, 1988, Comunidad de Madrid).
- BLANCO GARCÍA, Francisco: *La literatura española en el siglo XIX*, II (Madrid, 1891, Juvera; 1909).
- BLANQUAT, Josette: "Au temps d'*Electra*. (Documents galdosiens)", *Bulletin Hispanique*, LXVIII (1966), 253-308.
- BORRÁS, Tomás: "Cuando se pidió para Galdós el Premio Nobel", *El Español* (2-II-1946).
- BOTREL, Jean-François y DESVOIS, Jean-Michel: "Les conditions de la production culturelle", en Carlos Serrano-Serge Salaün, eds., *1900 en Espagne. Essai d'histoire culturelle* (Burdeos, 1988, Universidad), 23-45.
- CORREA, Gustavo: *El símbolo religioso en las novelas de Pérez Galdós* (Madrid, 1962, Gredós).
- *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós* (Bogotá, 1967).
- "Tradición mística y cervantismo en las novelas de Galdós, 1890-1897", en Douglass M. Rogers, ed., *Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1979<sup>2</sup>, Taurus), 143-159.
- D'ORS, Eugenio: "Evocaciones en Santander", *Arriba España* (29-VIII-1937).
- EGUIA RUIZ, Constanco: "El españolismo de Pérez Galdós", *Razón y Fe*, LVI (1920), 437-450; LVII (1920), 41-62.
- *Crítica patriótica* (Madrid, 1921).
- *Los causantes de la tragedia hispana. Un gran crimen de los intelectuales españoles* (Buenos Aires, 1938).
- ELIZALDE, Ignacio: "Azorín y el estreno de *Electra* de Pérez Galdós", *Letras de Deusto*, 3 (1973), 67-79.
- *Pérez Galdós y su novelística* (Bilbao, 1981, Universidad de Deusto).
- "El misticismo en Leré", en *Galdós. Centenario de "Fortunata y Jacinta"*. *Actas Congreso Internacional* (Madrid, 1989, Universidad Complutense), 297-309.

- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de: "Ante un centenario. El Madrid del año 90 en una novela de Galdós", *Arriba* (14-III-1943).
- *Las mejores novelas contemporáneas*, I (Barcelona, 1957, Planeta), 758-883.
- EOFF, Sherman H.: *The Novels of Pérez Galdós. The Concept of Life as Dynamic Process* (Washington, 1954, Universidad).
- ESQUER TORRES, Ramón: "Las luchas del siglo XIX. El P. Blanco García y Leopoldo Alas, «Clarín»", *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 38 (1962), 241-255.
- GARCÍA, FRANCISCO: "Pérez Galdós", *La Ciudad de Dios*, CXX (1920), 93-105, 450-459; CXXI (1920), 81-86; CXXII (1921), 49-60, 109-125.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Purificación: "Influencias del Concilio Vaticano I en las novelas *Gloria* y *La familia de León Roch*", en Galdós. *Centenario de "Fortunata y Jacinta"*. *Actas Congreso Internacional* (Madrid, 1989, Universidad Complutense), 165-177.
- GARCÍA VENERO, Maximiliano: *Antología Nacional de Benito Pérez Galdós*, 2 vols. (Madrid, 1944, FE).
- GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, Rafael: *Los intelectuales y la Iglesia* (Madrid, 1934).
- "Menéndez Pelayo y su *Historia de los Heterodoxos Españoles*", en Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, II (Madrid, 1967<sup>2</sup>, Biblioteca de Autores Cristianos), 1041-1064.
- GARMENDIA DE OTAOLA, A.: *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y la moral* (Bilbao, 1949, El Mensajero del Corazón de Jesús).
- GENER, Melchor, et al. *Historia del tradicionalismo español*, III (Sevilla, 1942).
- GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar: "El episodio nacional como género literario", *Clavileño*, 14 (1952), 21-32; 17 (1952), 17-32.
- *España en sus Episodios Nacionales* (Madrid, 1954, Ediciones del Movimiento).
- GONZÁLEZ POVEDANO, FRANCISCO: "Crítica literaria. Sobre las novelas de tesis de Galdós", en Galdós. *Centenario de "Fortunata y Jacinta"*. *Actas Congreso Internacional* (Madrid, 1989, Universidad Complutense), 179-188.
- GULLÓN, Ricardo: *Galdós, novelista moderno* (Madrid, 1960, Taurus).
- *Técnicas de Galdós* (Madrid, 1970, Taurus; 1980).
- HERRERO, JAVIER: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* (Madrid, 1971, Edicusa).
- HIBBS-LISSORGUES, Solange: "La Iglesia Católica y el naturalismo", en Lissorgues, Yvan, ed., *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX* (Barcelona, 1988, Anthropos), 198-207.
- HIDALGO, Fernando: "*Electra*" en Sevilla (Sevilla, 1985, Ayuntamiento).
- HINTERHAUSER, Hans: *Los "Episodios Nacionales" de Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1963, Gredos).
- LADRÓN DE GUEVARA, Pablo: *Novelistas malos y buenos* (Bilbao, 1910, El Mensajero del Corazón de Jesús; 1933).
- LAIN ENTRALGO, Pedro: *España como problema* (Madrid, 1957<sup>2</sup>, Aguilar).
- LÓPEZ PELÁEZ, Antón: *Los daños del libro* (Barcelona, 1905, Gustavo Gili).
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *Pérez Galdós. Bibliografía santanderina* (Santander, 1979, Instituto Cultural de Cantabria).
- "La crítica de *Electra* en la prensa de Cantabria", en Galdós. *Centenario de "Fortunata y Jacinta"*. *Actas Congreso Internacional* (Madrid, 1989, Universidad Complutense), 325-335.
- MASRIERA, Antonio: Reseña de *Aita Tettauen*, *Diario de Barcelona* (30-III-1905).
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los Heterodoxos Españoles*, II (Madrid, 1967<sup>2</sup>, Biblioteca de Autores Cristianos).
- "Don Benito Pérez Galdós", en Douglass M. Rogers, *Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1979<sup>2</sup>, Taurus), 51-73.
- MORA GARCÍA, José Luis.: *Historia, sociedad y religión en la novelística galdosiana. 1888-1905* (Salamanca, 1981, Universidad de Salamanca-Cabildo Insular de Gran Canaria).
- MORÓN ARROYO, Ciriaco: "*Nazarín* y *Halma*: sentido y unidad". *Anales Galdosianos*, II (1967), 67-81.



- MUÑOZ SAÉNZ, CONRADO: "Realismo galdosiano". *La Ciudad de Dios*, XXI (1890), 464-473, 538-546; XXII (1890), 124-135, 513-527.
- PEREDA, JOSÉ MARÍA DE: "Cartas a Galdós", en Douglass M. Rogers, ed., *Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1979, Taurus), 41-50.
- PÉREZ GALDÓS, BENITO: *Cánovas*, en *Obras Completas*, I (Madrid, 1945, Aguilar).  
— *Alma y vida*, en *Obras Completas*, VII (Madrid, 1986, Aguilar).
- QUINONERO, JUAN PEDRO: "Propuestas para una revisión galdosiana". *Cuadernos Hispano-Americanos*, 250-252 (1970-1971), 678-693.
- REGALADO GARCÍA, ANTONIO: *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. 1868-1912* (Madrid, 1966, Insula).
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, JULIO: *Galdós: Burguesía y Revolución* (Madrid, 1975, Turner).  
— Prólogo a *El caballero encantado*, de Benito Pérez Galdós (Madrid, 1977, Cátedra).  
— *Literatura Fascista Española*, I. *Historia* (Madrid, 1986, Akal).
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, MARÍA JOSÉ: "La recepción crítica de *Fortunata y Jacinta* en el siglo XIX", en *Galdós. Centenario de "Fortunata y Jacinta. Actas Congreso Internacional* (Madrid, 1989, Universidad Complutense), 607-616.
- ROGERIO SÁNCHEZ, JOSÉ: *Historia General de la Literatura* (Madrid, 1913<sup>?</sup>, Gómez Fuentenebro).
- RUIZ AMADO, RAMÓN: "La evolución galdosiana", *Razón y Fe*, XX, (1908), 82-92.
- SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS: "Don Benito Pérez Galdós. su vida y sus obras". prólogo a *Obras Completas*, I (Madrid, 1945, Aguilar).
- SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas* (Santander, 1956, Aldus).
- SCHRAIBMAN, JOSÉ: "Galdós y el estilo de la vejez", en *Homenaje a Rodríguez-Moñino*, II (Madrid, 1966, Castalia), 165-175.  
— "Los estilos de Galdós". en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas* (Nimega, 1967, Universidad), 173-183.
- SEOANE, MARÍA CRUZ: *Historia del periodismo en España*, II. *El siglo XIX* (Madrid, 1983, Alianza).
- SERRANO, CARLOS: "1900 ou la difficile modernité", en Carlos Serrano-Serge Salauin, eds., *1900 en Espagne. Essai d'Histoire culturelle* (Burdeos, 1988, Universidad), 155-165.
- SUÑER, ENRIQUE: *Los intelectuales y la tragedia española* (Burgos, 1937).
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL: *Medio siglo de cultura española, 1885-1936* (Madrid, 1970, Tecnos).
- VALBUENA PRAT, ANGEL: *Historia de la Literatura Española*, III (Barcelona, 1953<sup>4</sup>, Gustavo Gili).
- VALLEJO-NÁGERA, ANTONIO: *Divagaciones intrascendentes* (Valladolid, 1938).
- VALLS, FERNANDO: *La enseñanza de la literatura en el franquismo, 1936-1951* (Barcelona, 1983, Antoni Bosch).
- ZAVALA, IRIS M.: *Ideología y política en la novela española del siglo XIX* (Madrid, 1971, Anaya).